



Richard Brautigan.

gando según aumenta la edad—, y su consecuente rechazo. De esta manera se van apartando al baúl de los trastos viejos un buen número de costumbres, hábitos y valores, mucho antes de que realmente dejen de ser funcionales para el grupo social considerado en su conjunto.

Una de las ventajas de esta situación puede ser el imprimir mayor rapidez a la evolución cultural, y una de las desventajas es que esta brusca velocidad implica la formación de una brecha generacional profunda, que dificulta el entendimiento entre miembros de un mismo grupo por razones estrictamente de edad.

Así, un sector cuantitativamente importante de los que hoy son jóvenes se siente poco satisfecho con muchas de las manifestaciones artísticas que hacen felices a miembros un poco más mayores de su sociedad, y producen su propio arte: una música, una pintura, una literatura, que son estrictamente suyas, que les producen el placer que no encuentran en las de generaciones anteriores.

Estados Unidos fue el país pionero en la liberación educacional, y por tanto lo viene siendo, también, en lo referente a la formación de corrientes artísticas que implican una renovación radical de lo anterior.

La actual juventud norteamericana tiene sus artistas propios. Uno de los que más éxito tiene entre ellos es el escritor Richard Brautigan, que ya en la década

de los 60 causó furor en el mundo contestatario y underground estadounidense con su novela *Trout Fishing in America*, considerada por muchos símbolo de una nueva forma de vida.

El sencillo estilo humorístico y, en buena medida, surrealista, con que este autor se toma a cachondeo los mitos de sus padres, podemos apreciarlo en su novela

"El monstruo de Hawklime", editada en 1974 en EE. UU., que nos llega ahora (1) traducida en editorial Anagrama, de la que, por cierto, es una obra muy característica, ya que esta editorial española se caracteriza por reco-

(1) Richard Brautigan: *El monstruo de Hawklime*, un western gótico. Ed. Anagrama. Barcelona, 1978.

ger ese tipo de producción artística de la juventud actual que mencionábamos más arriba.

Leyendo "El monstruo de Hawklime" no se pueden evitar las risas en voz alta. Es una especie de brisa fresca que consigue hacer olvidar las pequeñas miserias de la vida diaria durante un par de horas. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.

## ADIOS A LAS LETRAS

### El Planeta, desierto (ficción)

Joaquín Garrigues Walker fue la verdadera opción de José Manuel Lara para el Premio Planeta de este año.

Pero, después de ofrecer un adelanto en unos periódicos matutinos de Madrid, el ministro de la Presidencia, pelcano de Suárez, novio de Murcia, enamorado de las motocicletas, agotó su inspiración.

Pasa mucho entre los políticos: agotan su imaginación, regresan al barbecho, se sientan en el Parlamento. Son los culparlantes del silencio.

Así que José Manuel Lara se quedó con las ganas de sentar a un Garrigues a su mesa.

Los ricos sientan a su mesa a los pobres en Navidades. En octubre Lara siempre sienta a quien él quiere. Suele ser un escritor que le haga más rico, mientras se enriquece a sí mismo. Lara no sólo apuesta por la literatura. Eso es una banalidad. Hace bien. Si yo no fuera tan poco salvaje ni tan poco automático, haría exactamente lo mismo, pero tengo que aguantarme con mi fealdad caribeña, empobrecido lugarteniente de las letras.

¿Qué otro político podía haber escogido José Manuel Lara para su premio? Hay muchas opciones en el horizonte. Yo sé que Javier Solana escribe muy bien, porque eso se ve en los ojos, y los chispeantes ojos del socialista siempre han delatado su condición de buen literato. Proustiano debe ser, como la voz de Ana Belén, aunque mucho más superficial que Garrigues, porque al fin y al cabo no ha vivido tanto.

Enrique Múgica podía haber sido otra alternativa a la sequedad literaria de Garrigues Walker, pero el político vasco escribe a borbotones, sin demasiada reflexión. Su más brillante historia la dijo hace unos días: "Por fin nos han legalizado a los no marxistas". Pero se le va la fuerza por la boca, como a Alfonso Guerra.

Hay un político historiador, o historiador político, a él le da igual, que se llama Ricardo de la Cierva, que

también pudo haber optado al Planeta con las Memorias noveladas de Franco que guarda en su cajón. Pero está demasiado atareado el hombre con los fascículos. Todo lo que toca lo convierte en fascículo, y así ha perdido cualquier condición para novelar o para escribir de corrido durante doscientas páginas.

Descartadas, por otra parte, las alternativas puramente literarias, porque ni José Manuel Caballero Bonald ni Mario Vargas Llosa quisieron concurrir al premio, a José Manuel Lara se le encendió una luz. Me lo dijo Garrigues a través de Gutiérrez Mellado, cuando éste estuvo en Panamá y se detuvo en estas islas vírgenes.

La historia fue compleja. Con ocasión de la última visita de Josep Tarradellas a Adolfo Suárez, el presidente de la Generalidad portaba un sobre secreto del que no se desprendía. Se lo había entregado José Manuel Lara para que se lo hiciera llegar al jefe del Gobierno. Si en sus tensos días tiene usted posibilidad de escribir un relato novelado sobre su denso pasado, se decía, más o menos, esta editorial estaría encantada de llevarlo a la imprenta. No se hablaba de premio, que para eso son muy finos los editores que los convocan. Pero Suárez debió descubrir la movida. "Yo, qué va. Esas cosas que las haga Joaquín". Pero Joaquín ha renunciado, le dijeron. No hubo forma.

Tarradellas regresó cariacontecido a Barcelona. "¿Quieres que lo haga yo?", le preguntó a José Manuel Lara. Este, con buen humor, le respondió, mientras ambos se reclinaban en la tribuna de honor del Fútbol Club Barcelona: "No. Tú ya tienes bastante con pensarte un prólogo para cuando escriba Josep Benet su Historia de un ex President".

De esta manera fueron deshojándose las margaritas y el Premio Planeta quedó desierto, como el mismo planeta quedará después de que nos aparezca el regalo de la bomba de neutrones. ■ SILVESTRE CODAC.



José Manuel Lara.